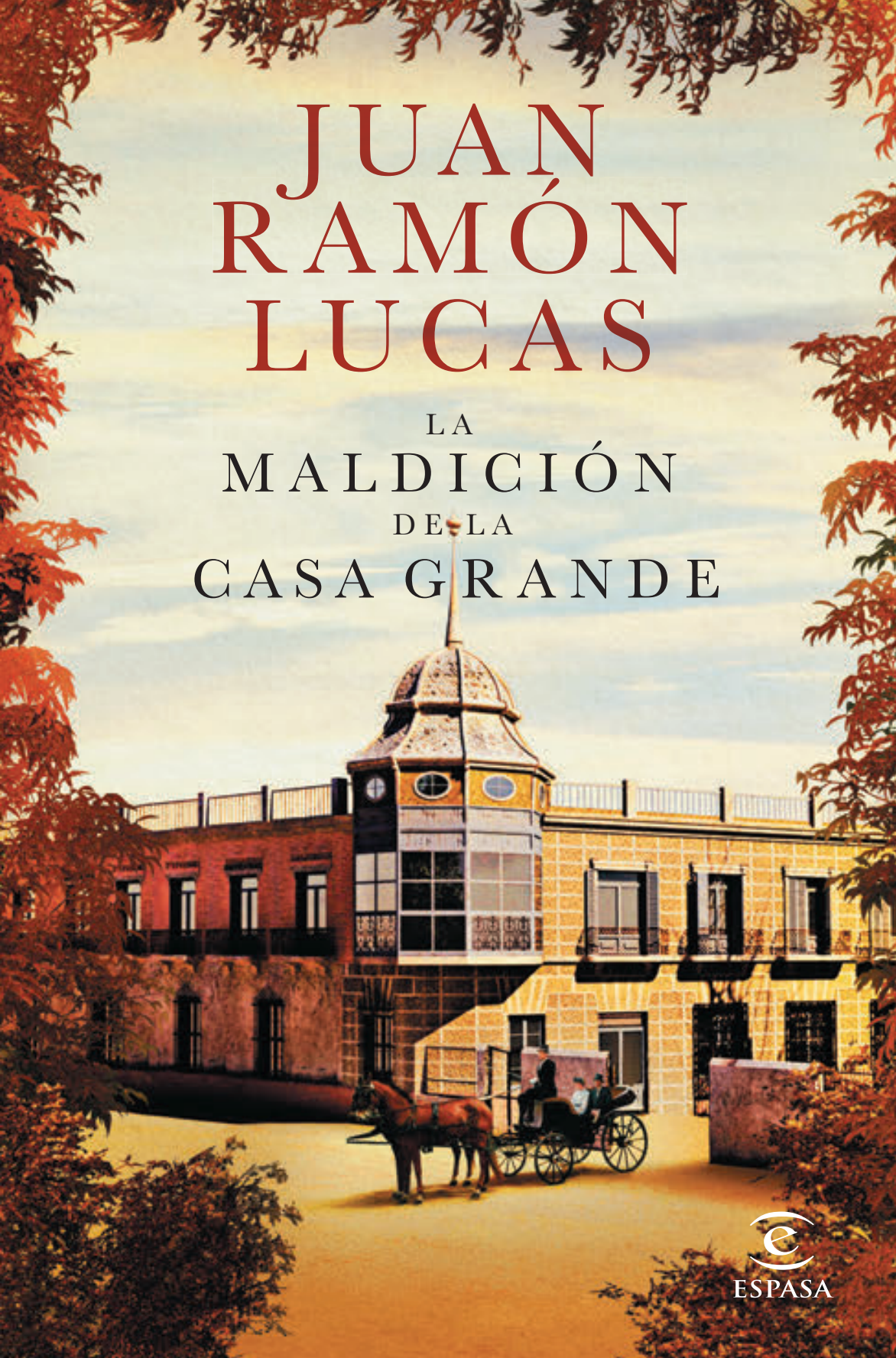
JUAN RAMÓN LUCAS

LA MALDICIÓN DE LA CASA GRANDE



ESPASA

Juan Ramón Lucas

La maldición de la Casa Grande

ESPASA NARRATIVA

© Juan Ramón Lucas, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.678-2018
ISBN: 978-84-670-5255-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

La memoria 15

EL AMOR

1. Joaquín 19
2. Arrieros 28
3. La Casa Grande 40
4. Esperanza la gitana 45
5. Doña Juana 50
6. El deseo 56
7. Ruina o tesoro 62
8. Los lobos 66
9. Calle Mayor 74
10. La mina 86
11. El poder 96
12. Amalia 101
13. La mirada 108
14. La justicia 115
15. El cuarto 123
16. La sangre 128
17. Angustia 133
18. El puerto 138
19. Repudiada 148
20. Sola 155
21. El destino 159

EL SECRETO

22. El mar 171
23. La elección 179
24. Escondidos 184
25. Niños de gavia 199
26. Brujería 205
27. El inglés 209
28. Alfred 216
29. Talento y trabajo 221
30. La Belleza 227
31. La venta 237
32. Sueños 244
33. El parto 251
34. Visitación 255
35. El desorden 267
36. La Tuerta 274
37. El asalto 279
38. Despedida 284
39. La Unión 289
40. La redada 296
41. La madre 300
42. Lo inesperado 309
43. Santa Catalina 312
44. Revueltas 318
45. El regreso 327
46. El nieto 335

LA MUERTE

47. El edicto 341
48. La propuesta 347
49. Malabar 354
50. Recelos 360
51. La niña 364
52. El abismo 370

53. Amigas 376
54. La vuelta 379
55. Manuel 385
56. El infierno 390
57. Miguel 400
58. Nochebuena 409
59. Carmencita 421
60. Heredero 427
61. Disputa 432
62. El origen 439
63. Dos Hermanos 447
64. El viaje 454
65. La memoria 460
Epílogo 463

Agradecimientos 467

1

Joaquín

Imagino que debería empezar por el día en que llegué a la casa. O quizá mejor aclarar ya que poco antes de que se me abrieran sus puertas, el día en que me dijeron que había muerto Joaquín Zapata Hernández, el hijo del Tío Lobo, se me cerró el corazón para los hombres.

Lo amé y aún lo amo, con el ansia de posesión con que se tratan los amantes escondidos, como lo fuimos nosotros. Yo era una niña, y él un adolescente de imperio y fortuna, el hijo del tirano, pero el día en que se me apareció como un ángel masculino y poderoso ya le quise desde la entraña hasta la piel que me quemaba con sus manos. Después de su muerte le vi cada uno de los días que pasé con él, en la mirada a veces feroz, a veces tibia, siempre viva, de su padre, Miguel Zapata Sáez. Hoy le encuentro en la calidez suplicante de los ojos heridos de mi Manuel.

Terminaba el otoño del año del cólera que cerró Cartagena. La Sierra Minera, cinco leguas de montañas de oeste a este sobre el Mediterráneo, entre Alumbres y cabo de Palos, bullía de ambiciones y desesperación con miles de seres humanos tratando de abrirse paso con sus familias hacia un destino tan luminoso como pudieran serlo el plomo o la plata que se escondían bajo la tierra esperando que alguien los encontrara y arrancara. Estaban ahí para los mejores, y cualquiera podía alcanzarlos.

Familias enteras de las ya agotadas tierras mineras de Andalucía, huertanos de levante, marineros, obreros expulsados de la ciudad, patronos que entregaron su fortuna al alcohol, comerciantes en busca de más negocio, prostitutas, ventajistas, delincuentes, curas, llegaban a la sierra como las ratas de Hamelín, presas de la melodía de riqueza cierta que el viento extendía en todas direcciones, como si aquí esperara a cualquiera un tesoro universal e inagotable, montañas inmensas, intocadas, de plata, plomo, hasta de oro llegaron a creer algunos, tal que un El Dorado cercano en el que había sitio para todos. Más de veinticinco mil almas donde medio siglo atrás había apenas trescientas.

Pero el aire mentía. La tierra vendía cara su entraña, a un precio que se cobraba ella como también los hombres que la pretendían. Solo los más fuertes tenían alguna posibilidad de salir adelante y a los demás los aguardaba un destino que quizá fuera peor que el hambre que los llevaba a huir de sus casas, porque sangra más el alma ante la condena al infierno de los tuyos que frente a tu propia muerte.

Se moría fácil y se mataba sin escrúpulo. Se respiraba el veneno que salía al aire desde las fundiciones y el que la ambición extendía en los corazones de las gentes de toda índole.

Cuando mi padre nos trajo aquí no era el minero sucio y violento que luego me torturó desde que tengo recuerdo. Madre, que nunca descansó en paz después de la noche en que ella y Juanico decidieron enterrar mi memoria, nos contaba que ella amó a un hombre valiente pero no cruel, y que fue este aire que corrompe a quien lo respira lo que le convirtió en el monstruo que acabó atravesado por la hoja de un cuchillo en un café cantante.

En aquellos años, la vida valía lo que uno era capaz de defenderla, o incluso menos, y morías en la calle, en el monte o en la sierra, si no enterrado en vida a decenas de metros de profundidad en un pozo húmedo y oscuro donde sacar piedras para después limpiarlas de escoria, fundirlas en lingotes y vender los metales con que progresaban un universo lejano y los dueños de las minas. El mundo era más feroz aún que

ahora, que acaba de terminar la Gran Guerra, de la que ojalá hayamos aprendido para no repetirla.

En la sierra la ley era la del más fuerte, que era siempre el más rico, y el orden lo imponían el fuego de la pistola y la necesidad de comer. Pero ya lo iré contando, si encuentro el modo de ordenar mis pensamientos con el fin de dar a conocer esta historia y que no se pierda para siempre.

Recuerdo el día en que supe de la muerte de Joaquín como un martes frío y con nubes de plomo, de esas que llenaban el aire de olor a azufre y alquitrán. Días antes, un minero borracho había abierto en canal a un señorito a la puerta del Café de Peteneras, uno de esos tugurios en los que se entonaban los cantes flamencos y se desparramaban el alcohol y la lujuria, y no sé por qué pensé que podía haber sido mi Joaquín, que aunque no era pendenciero, sí tenía unos cuantos que querían encontrárselo en un callejón.

Qué difícil es amar con miedo, y yo lo tenía a que me lo mataran —que bien sabía la gana que le tenían a Lobo y a los de su sangre gentes sin presente ni principios como algunos de la peña de mi hermano Juan— o a que se supiera en qué secretos enredos andábamos, saltándonos la costumbre, la ley y el sentido común... que muy caro nos habría salido si nos hubieran echado cuentas.

Pero no me lo mató un hombre ni un animal, ni la ley, ni la deshonra. A decir verdad nunca lo supe, puede que fueran las fiebres del pantano o la peste colérica asiática. Tampoco importaba, e igual me da en el tiempo presente. A Trini sí, a Trinidad —la tercera hija de Miguel Zapata, la hermana que nació después de mi Joaquín y de Visitación— se la llevó el tifus, pero por mi hombre ni pregunté ni me lo dijeron ni quise saber. A los efectos de lo que me trae aquí, tampoco cuenta demasiado el cómo ni el porqué, solo que se murió él y se enterraron las pocas alegrías que había tenido en mi vida. No es que no volviera a tener ninguna más, no; es solamente que el luto se me caló de las ropas al carácter y aunque dicen que no dejé de ser guapa, sí me volví agria y me metí en soledades, y de no ser por las alegrías y las enseñanzas de mi Visi-

tica y alguna que me dio el maldito inglés que me robó media vida, habría terminado muriéndome de pesadumbre y silencio. Y, bueno, claro, Manuel, pero aún es pronto para traerlo aquí.

Con lo que yo era. Con el contento que repartía y el gusto que daba verme cantarina como si en la vida no hubiera otro fin ni otro propósito, como si se pudiera pasar sobre las penas y los dolores como sobre el agua tibia de la playa del Mar Menor, que se secaba y desaparecía dejando solo la sal que era alimento. Mi alma tenía luz y mis ojos y mis labios, chispas y fuego, que no lo decía yo, que eran palabras de mi Joaquín, y no sé si el recuerdo me engaña, pero fueron las últimas que me dijo antes de despedirse por su último viaje, no el de la muerte, no, sino a Madrid con su padre para cerrar alguna compraventa o algún soborno. Nos habíamos despedido donde la Esperanza, y me dejó pensando qué fuego y qué chispas veía en mi cara para mirarme de aquel modo a la luz del candil que hacía brillar el sudor en nuestra carne, y daba a su rostro más fuerza, más sombras y el misterio que encierran los hombres hermosos.

Desearía poder apartarlo de mí, porque me duele su memoria aunque hayan pasado tantos años. Querría hacerlo y poner mi atención en la niña enamorada en aquel Portmán bullicioso y animado, cuyo puerto sería, creo yo, como cualquier otro del Mediterráneo, el mar grande. Pero el recuerdo de Joaquín es material indispensable con el que construir todo esto que quiero que sean más que palabras y emociones, y en realidad nunca me abandonó, hasta llegó a poseerme cuando lo hacía Lobo, que era como tenerlo a él más viejo y sin su dulce perfume de piel suave.

Siempre había movimiento en Portmán, la más importante salida al mar de la Sierra Minera; siempre ruidos de puerto y voces de marineros en esta bahía luminosa y grande, en la que pronto destacarían los barcos de la flota de Miguel Zapata.

Pocos días antes de aquella primera visita a la que después sería mi casa durante casi el resto de mi vida, había ba-

jado al puerto desde la de mi familia, en la falda de la peña del Águila, que vigila la bahía de Portmán y toda la sierra hacia el norte y el este, casi hasta el cabo de Palos. Tenía diecisiete años, un amor prohibido, algún miedo y muchas ilusiones. Y ya aquel día estaba empezando a cumplir sin saberlo mi propio castigo y la maldición que hoy me vuelve a traer a esta tierra.

Brillaba el sol de noviembre, que calienta las piedras y los ánimos.

—Ya terminó la subasta, María... Llegaste tarde.

Madre me había mandado al puerto pesquero a comprar pescado o buscar algún resto que pudiéramos pagar, pero me había entretenido mirando entre los barcos que al otro lado de la playa, en los muelles de tablero de los Zapata, cargaban mineral después de dejar el carbón que se quemaba en las fundiciones. Buscaba a mi Joaquín, del que no sabía nada desde hacía casi dos semanas, la tarde en que me hizo llegar por Teresa que no podíamos vernos porque le dolía la cabeza y no se encontraba bien. No debía preguntar por él, nuestro amor era un secreto, un torbellino de pasión feroz y clandestina que de conocerse nos condenaría a los dos, de modo que me asomaba a las tartanas o a los faluchos que llevaban la plata a los barcos grandes fondeados en la rada, como mirando el mineral y los marinos, y entre risas y comentarios que una dama no ha de reproducir iba descartando uno y otro, sin perder la esperanza de encontrarme con sus ojos vivos y felices y su sonrisa imprudente tras una vela o saliendo a una cubierta. Pero nada. Y había llegado tarde a la subasta de pescado en el otro muelle.

—¿Y tú no tienes algo para venderme?

—Depende de lo que pagues por ello.

—Poco tengo. ¿Qué me ofreces?

—La luna si te vienes conmigo.

—Qué descarado eres, Martín.

—Y tú qué guapa, María.

Y así me llamaban, y así me veían. Martín era amigo de mi hermano Juan, que trabajaba en una de las minas de Miguel

Zapata, y quería cortejarme desde hacía tiempo. Quizá lo hubiera conseguido, de no ser...

—Martín, María —la voz llegó firme desde uno de los laúdes de pesca que faenaban al otro lado del monte de las Galeras y que andaba ya tirando cabos para amarrar—, ¿sabéis lo de Zapata?

Los dos nos miramos y negamos con la cabeza.

Aurelio, el pescador, llegaba de la playa de El Gorguel y se había cruzado con una barcaza del Tío Lobo.

—Que ha muerto el hijo —disparó a bocajarro, y sus palabras me penetraron como una astilla afilada aun antes de haberlas digerido. Preferí matar a Miguel, el pequeño. O a Visitación, su hermana.

—¿Hijo o hija?

Había oído perfectamente, pero quise negármelo, o que él me negara.

—Hijo, hijo —repitió—. Me han dicho que se ha muerto de fiebres, quién sabe si de tifus, o de qué, el mayor, Joaquín.

«Me han dicho... Joaquín. Joaquín. Joaquín...», y el sonido de ese nombre empezó a golpearme la cabeza con la metálica intensidad de una campana. Solo lo detuvo un repentino enjambre de cuchillas abriéndome hasta el corazón, y perdí entonces el sentido y la conciencia. Me desplomé como sin vida, sin aire, derribada por el dolor repentino. Quise gritar pero no pude. Martín se agachó y comenzó a agitarme asustado.

—¡María! ¡María! Pero qué te pasa, mujer. ¡Trae agua, Aurelio!

Desde el suelo, y entre claroscuros, veía cada vez más caras a mi alrededor, oía voces, gritos y sentía dolor, un dolor inmenso, desconocido y universal. Mis gritos se quedaban dentro, no tenía voz, y en la nebulosa que me envolvía me pareció por un momento ver la mirada intensa y alegre de Joaquín Zapata Hernández, el hijo mayor del amo don Miguel; mi amor, mi hombre, mi destino y mi locura, pero no podía ser porque toda mi devastación repentina nacía precisamente de su muerte. Había muerto, no podía creerlo, no podía ser verdad, y así y todo mi alma y mi cuerpo lo habían

dado por cierto, y deshecha sobre las piedras frías del puerto de Portmán, frente a los barcos del imperio que un día habría sido suyo, y las fundiciones enormes y las chimeneas que perfilaban los picos y laderas de la sierra, sentí como nunca había sentido ausencia alguna y traté de levantarme para correr a buscarle y oír que era mentira. No podía, no pude. Me atacó de repente el agua fría y violenta, salada, que echaron sobre mi rostro sacándome de la espantosa ensoñación. ¿Sería una pesadilla?

Abrí los ojos y a mi alrededor sentí voces confusas, rostros asustados.

—Llamad al médico, estará en La Caridad.

—Salió de tarde...

—Pues a Cartagena.

—¿Qué dices?

—En la carreta, menos de una hora.

—No —decía alguien más lejos—, a La Unión... que el cólera asiático...

—Pero ya se terminó...

—Quia... que todavía puede quedar en el aire o en el agua.

—Avisad en su casa.

—Pobre viuda, ahora la niña.

—¿Y cómo ha sido?

Niebla. Voces que van apagándose. Oscuridad.

Desperté en mi cama, con madre sentada a mis pies mirándome resignada, austera como siempre.

—Te ha dao un desmayo, pero ya estás bien. Dice el doctor que no es de anemia ni del tifus, y tampoco de la peste colérica, aunque hay que esperar.

Lo dijo con frialdad, como si no le importara que yo también pudiera acabar como tantos otros en aquel tiempo, muertos y secos por el mal que venía del agua, ese cólera que tanta muerte había dejado ese verano por la peste que trajeron las inundaciones y torrenteras, y dicen que una puta que vino de Alicante. No le eché cuentas. Oía sin escuchar, porque el primer pensamiento consciente que tuve fue que Joaquín había muerto y yo no volvería a verle.

—¿Es verdad lo del hijo de Lobo, madre?

Tardó en responderme. En realidad, no lo hizo. Habló despacio, aparentando sorpresa, pero me dio en el corazón que quería conjurar el temor que quizá le rondara desde tiempo atrás.

—¿Y a santo de qué viene eso, María? ¿Es que se te ha perdido algo con esa gente? No sé nada de esa familia, ni quiero. Y, sí, he oído lo del mayor, pero bien muerto esté, si por sus venas corre la misma sangre que tiene el padre, sin corazón.

Cerré los ojos para no estallar en llanto, pero no pude contenerme. Creo que tampoco quise.

—Pero ¿qué lloras, niña? —gritó temiendo que se fuera a confirmar su barruntamiento—, pero ¿qué te importa a ti que se muera un Zapata? ¿O es que...?

No dijo más. Me miró en silencio, con violencia. Si hubo una mirada capaz de matar, esa fue la de mi madre aquella tarde, en ese preciso instante en que supe que tendría que salir de aquella casa que era la mía; que nadie en ella, ni madre, ni mi hermano, ni persona alguna en mi mundo entendería que yo tuviera amoríos con alguien tan lejos de nuestras vidas salvo para hacerlas más amargas; que mi destino era el castigo por un amor ilícito y contra la naturaleza y las leyes; que habría sido mejor hasta amar a otra mujer, como hacía Anica la Tuerta; que el mismo Dios me había enviado esta muerte como aviso por ceder al corazón y la carne, por un pecado de amor que iba a empezar a pagar en ese momento.

Pero no recuerdo haber sentido entonces miedo. Ni al dolor, ni a la deshonra, ni a la silenciosa violencia de mi madre. Sola y hundida lloré durante horas o días que me parecieron meses o años. Lloré una soledad helada como el viento de invierno, como este maestral que entra por el puerto y silba espantosas melodías en las noches de temporal. Lloré como las viudas de los mineros que se saben abandonadas a la miseria de estas calles grises, pasto de los depredadores de carne de mujer, a no ser que tengan hijos en edad de ser entregados como alimento al dios Saturno que habita estas montañas.

Cuando Juanico volvió de Santo Tomás, la mina de Zapata apenas cuarto de legua monte abajo, madre le contó entre so-

llozos que algo tenía con el heredero porque lloraba su muerte más de lo que lloré la de padre. Preguntó sin esperar respuesta, porque no pude darla, no me dejó hablar. Me sacó a empujones de la cama y de la casa, y me tiró al camino áspero de polvo de invierno y piedras ocres. El aire era frío, aunque menos que la tierra sobre la que caí, y noté mis lágrimas fundirse con la arena y la boca se me llenó de salitre y polvo.

—¡Puta y mil veces puta! —gritaba Juan, mi propio hermano, como poseído por el diablo—. ¡Será verdad que te has revolcado con el hijo de ese canalla, que lo es tanto como su padre! Son el demonio en esta tierra, los que se hacen ricos con nuestra sangre. ¿Qué querías? —su tono cada vez más áspero, despectivo, resonaba en el monte como el eco de los lamentos mortales de los mineros tras los derrabes—, ¿querías ser uno de ellos? Pues ahí los tienes, un poco más abajo está su mina, y en el pueblo, su casa. ¡Vete con ellos, a ver si te quiere Lobo!... ¡Puta!

El estrépito de la puerta cerrándose para siempre fue lo último que oí esa noche.

Quedé sola y tirada en silencio, envuelta en una luz tenue de estrellas y el eco de sus reproches de sangre. Por un instante olvidé la ausencia que me había abierto el camino a la destrucción y sentí que helaba, y el picor del polvo en la boca y los ojos. No podía moverme, llevada por un agotamiento insuperable, y poco a poco, con la voluntad rota, anulada, fui cayendo en un sopor amargo y tan pesado que ni piernas, ni brazos, ni labios contra el suelo, ni el rostro arañado sentía como míos. Ni el frío. Solo el dolor, la angustia por la soledad eterna a que me enfrentaba y la espantosa certeza de que jamás volvería a ver a Joaquín. No era yo quien estaba tirada frente a la casa como el agua que sobra o el perro muerto, sino un cuerpo inerte negro de dolor por dentro que no quería volver a moverse ni a palpitar siquiera. Antes de perder toda conciencia, pude observar cómo desde una ventana madre me miraba sin expresión, como ida, y Juan la apartaba violentamente y apagaba la vela junto a ella. Deseé con todas mis fuerzas que la mía también se extinguiera.